

Ecología de los caribes

Priscilla Burcher de Uribe

M.A. Instituto de Arqueología, Universidad de Londres
Profesora Titular, Universidad de Antioquia

Cristóbal Colón tuvo el primer contacto con los caribes durante su segundo viaje en 1493, cuando fue atacado por ellos. Desde entonces empezó a tejerse la leyenda sobre los feroces indios que habitaban las Antillas y las regiones costeras de Suramérica. Originalmente los españoles los llamaron *caribal*, y de ahí surgió la corrupción de *canibal*, sinónimo de los caribes.

En 1503 la reina Isabel expidió una cédula que permitía esclavizar a los caribes o caníbales. La versión sobre sus prácticas caía como anillo al dedo a los intereses españoles, ya que les permitía justificar someter a los indígenas a la esclavitud. Fue tal el exceso de los españoles que en pocos años no quedó nada de la población nativa. Entonces recurrieron a la importación de la población negra, cuyos descendientes habitan en su mayoría las regiones antes ocupadas por los caribes.

El cronista Pedro Mártir de Anglería decía de los caribes de la región de Urabá: "Afirman que los habitantes de esas regiones son caribes o caníbales, comedores de carne humana".

Agregaba que su principal asiento era la península Caribana, a la entrada oriental del golfo de Urabá (citado por Hernández 1978: 54).

Gonzalo Fernández de Oviedo (1979: 113), quien estuvo con Núñez de Balboa en la región de Urabá, los describió así:

Y éstos que son flecheros viven desde el dicho golfo de Urabá, o punta que llaman de Caribana, a la parte del levante, y es también costa alta, y comen carne humana, y son abominables, sodomitas y crueles, y tiran sus flechas empozoñadas de tal yerba, que por maravilla escapa hombre de los que hie-

ren, antes mueren rabiando, comiéndose a pedazos y mordiendo la tierra. Desde esta Caribana, todo lo que bordea la provincia del Cenú y de Cartagena y los Coronados y Santa Marta y la Sierra Nevada, y hasta el Golfo de Cumaná y la Boca del Drago, y todas las islas de esta costa están, en más espacio de seiscientas leguas, todas, o la mayor parte de los indios son flecheros y con yerba.

Analizando las descripciones que se hicieron de los caribes, se observan estos rasgos característicos:

- Estaban asentados a lo largo de costas y ríos en zonas bajas y cálidas.
- Su subsistencia se basaba en la pesca, la caza y los cultivos de railes, especialmente la yuca.
- Se mantenían en un permanente estado de guerra con otros grupos.
- Era común la antropofagia y el uso de flechas envenenadas, asociado a la guerra.

Los caribes tuvieron una distribución geográfica muy específica y de carácter lineal: a lo largo de ríos y costas en tierras cálidas. Por eso el mar que baña las costas habitadas por ellos fue llamado *Mar Caribe*. También estaban asentados a orillas de los ríos Cauca, Magdalena y Atrato. Esta distribución no es casual, pues estaba determinada por su subsistencia basada en la pesca. El control de los medios ribereños y costeros los hizo navegantes expertos en canoas y piraguas, facilitando su proceso de expansión lineal. También cultivaban railes, especialmente la yuca, y tenían árboles frutales. Hay una estrecha asociación entre este tipo de cultivos que no demandan mayor atención, con los ríos y costas que aportan proteína de los peces, constituyendo una dieta balanceada (Harris, 1969).

En las regiones bajas de Suramérica, la proteína necesaria se obtuvo de animales salvajes, terrestres o acuáticos. Los peces fueron la fuente más abundante y estable, por eso los asentamientos estaban distribuidos a lo largo de costas y ríos. Sin embargo, aun los ricos ambientes ribereños y costeros imponen unos límites a la densidad de población. La pesca puede ser muy productiva, pero sólo si las comunidades humanas son relativamente pequeñas, ya que de otra manera agotarían esos recursos. Esto obliga a que los poblados se segreguen antes que la población alcance un punto crítico en relación a esos recursos alimenticios limitados. La segregación, la guerra y todos los factores que ayuden a mantener las poblaciones no muy densas, son mecanismos culturales que sirven para garantizar una provisión mínima de proteínas.

Daniel Gross (1975) ha calculado que una persona necesita en promedio 50 gramos diarios de proteínas. Para el caso de grupos dependientes de la pesca, eso significa que no puede haber poblados de más de dos mil personas, ya que para obtener la cantidad de pescado necesaria tendrían que controlar muchísimos kilómetros de río o costa. Por eso el estado permanente de guerra, las emboscadas, los ataques a pueblos vecinos y el canibalismo, son prácticas culturales muy asociadas a este patrón de subsistencia. No sólo fue observado entre

los caribes, también fue descrito por etnógrafos entre comunidades del Amazonas y del Orinoco en pueblos con igual economía. Estas prácticas culturales tienen el efecto de garantizar un espaciamiento entre poblados, al tiempo que se limita el aumento de la población. El resultado final es que los grupos tienen una provisión adecuada de proteínas.

La guerra favorece la dispersión de los asentamientos, ya que la distancia entre unos y otros evita que sean atacados en cualquier momento. También es conveniente mantener la densidad poblacional baja, bien sea mediante la guerra, o internamente por el infanticidio femenino. Al referirse a los caribes, los cronistas coinciden en señalar que el rapto de mujeres de los enemigos era una práctica generalizada, lo cual permite suponer un infanticidio femenino entre ellos. Los raptos a la vez constituían actos de provocación que conducían a más guerras y revanchas.

El modo de vida de los caribes caracterizado por la pesca y los cultivos de railes a lo largo de costas y ríos fue lo que determinó sus continuos desplazamientos, migraciones e invasiones. Su misma existencia dependía de esos desplazamientos, ya que servían para preservar los recursos alimenticios de los cuales dependían. Las migraciones y las guerras fueron mecanismos culturales que permitieron equilibrar los recursos alimenticios con la presión demográfica, entendida ésta como "la demanda sobre los recursos de subsistencia, la cual es el resultado tanto de la densidad de población, como de su nivel de tecnología en relación con un ambiente específico" (Harner, 1970: 68).

Entre los caribes existía un problema de presión demográfica. Sólo podían controlar la producción de alimentos en lo concerniente a los cultivos de yuca, pero no podían controlar la producción de proteínas, parte esencial de una dieta balanceada. Las proteínas que obtenían de los peces era un recurso limitado que no podían aumentar a voluntad. Pero sí podían adaptar su población a la cantidad de proteínas que la naturaleza proveía. Ellos idearon mecanismos culturales para no agotar los recursos naturales de su hábitat.

La economía de los caribes tenía un carácter expansionista por sus mismas características, ya que debían buscar permanentemente nuevas fuentes de proteína. El expansionismo territorial, a través de las migraciones o de las invasiones, surgía de la necesidad de mantener el nivel deseado de recursos alimenticios. Ese modo de vida también explica que ese expansionismo tuviera características agresivas. Cuando una población empieza a darse cuenta que hay una presión demográfica, no sigue aumentando indefinidamente sino que empieza a segregarse de la población-madre para evitar que sus recursos alimenticios se agoten. Esa segregación de comunidades-hijas puede consistir en la colonización de áreas vírgenes o no explotadas anteriormente, o puede realizarse por el desplazamiento agresivo, o invasión, cuando se trata de áreas ya ocupadas por otros grupos. Así lo hicieron los caribes, quiénes siempre se desplazaron a lo largo de los mejores hábitats, por ríos y costas.

En biología se conoce la Ley del Mínimo de Liebig, que dice que una población animal es regulada en su número, no por los factores que se encuen-

tran en exceso, sino por aquel factor esencial que está presente en menores cantidades. Entre las poblaciones humanas, en las culturas más simples, las densidades de población guardan un equilibrio respecto a ese factor que se encuentra en menores cantidades, sea el alimento, el agua o cualquier otro recurso esencial para la subsistencia.

En el caso de los caribes, las posibilidades alimenticias de la yuca, mediante la extensión de cultivos en áreas mayores, fueron casi ilimitadas. Pero en las tierras bajas tropicales, los cultivos de railes no son los que imponen un límite al aumento de la población, sino la provisión de proteínas. Hay estudios etnográficos que indican que esos grupos humanos tienen un pleno conocimiento del consumo necesario de proteína para alcanzar unos niveles nutricionales que garanticen la salud y el crecimiento adecuado. La yuca, comparada con el trigo, el arroz, el maíz, la cebada, la avena y el sorgo, tiene la menor cantidad de proteínas, y además es deficiente en muchos aminoácidos esenciales. Ningún grupo humano puede subsistir únicamente mediante el consumo de carbohidratos —como la yuca—, debe complementar su alimentación con una provisión adecuada de proteína. Para las poblaciones adyacentes a ríos y costas, ésta la encontraron en los peces, pero era limitada y las poblaciones debieron adaptarse a esa provisión natural de peces.

Una vez configurado ese modo de vida, rápidamente se difundió a lo largo de las rutas naturales de migración, los ríos y costas. A medida que las comunidades crecían, se iban dividiendo o segregando para formar nuevas colonias similares al poblado-madre, siempre a lo largo de los hábitat más privilegiados. Las investigaciones arqueológicas realizadas en Colombia y Venezuela muestran que las fases iniciales de asentamientos permanentes se dieron a lo largo de ríos, costas y ambientes lacustres, donde la pesca y la caza proveían una dieta rica en proteínas. La aparición de cultivos de yuca, con una gran antigüedad, se evidencia por la presencia de platos pandos, llamados *budares*, donde se hacían las tortas planas características del procesamiento de la yuca. También se encuentran los restos de peces, reptiles, moluscos, pájaros, etc. El registro arqueológico documenta el proceso migratorio de esos grupos, observable en las afinidades estilísticas entre sus cerámicas.

No se pretende que los pueblos autores de las primeras tradiciones cerámicas asociadas a los cultivos de yuca correspondan a los Caribes históricos. Sólo se intenta mostrar que ellos eran pescadores y cultivadores de yuca, y que —como lo muestra el registro arqueológico— tuvieron un proceso migratorio muy marcado, pues dejaron las huellas de sus avances en sus tradiciones cerámicas a lo largo de vías fluviales y marítimas. Una vez que se consolidó la agricultura de railes, ésta se consolidó y extendió a lo largo de fuentes de proteínas, por ríos y costas debido a sus deficiencias nutricionales que la atan a fuentes ricas en proteína animal. El aumento en la población se resolvió mediante divisiones periódicas, o el establecimiento de comunidades-hijas desprendidas de la población-madre. Siguiendo la Ley del Mínimo de Liebig, se asume que las poblaciones humanas buscaron un equilibrio demográfico antes de alcanzar un

estrés respecto a los recursos alimenticios limitados, en este caso, la provisión de peces.

Esas migraciones pueden llamarse *invasiones* cuando el desplazamiento de las comunidades-hijas ya no fue posible hacia áreas vírgenes, sino hacia zonas que ya estaban ocupadas por otros grupos étnicos. Los últimos fueron desplazados a zonas marginales o aniquilados para poder ocupar sus territorios. Aquí es donde los caribes desempeñan un papel en la historia del Continente.

Cuando las poblaciones prehistóricas de Suramérica tuvieron asentamientos continuos a lo largo de costas y ríos, se alcanzó lo que podría llamarse un punto de saturación. De aquí en adelante, cualquier tipo de segregación y consecuente ocupación territorial sólo era posible mediante la confrontación armada. Aun asumiendo amplias zonas no pobladas, es probable que el enfrentamiento agresivo haya ocurrido cuando los territorios vecinos estaban ocupados por etnias diferentes. Si un grupo A, vecino de uno B necesita expandirse, es posible que sólo pueda hacerlo colonizando tierras ribereñas o costeras a muchos kilómetros de distancia, y con una o más etnias diferentes ocupando el trayecto entre la población-madre y una zona hipotéticamente apta para ser ocupada. Es decir, aun asumiendo la existencia de posibles zonas para nuevos reasentamientos, hay factores de distancia, de geografía y de aislamiento cultural, que hacen preferible un desplazamiento a zonas adyacentes, aun a expensas de otros grupos y siendo necesario la confrontación agresiva.

Andrew Vayda observó entre los Maorves de Nueva Zelandia, agricultores de barbecho —lo mismo que los caribes—, que a pesar de que podrían expandirse pacíficamente buscando tierras vírgenes a muchos kilómetros de distancia, prefieren hacerlo por la vía agresiva hacia los territorios más vecinos. Si adoptaran la primera alternativa, estarían en una situación precaria de aislamiento y debilidad numérica frente a otros grupos potencialmente expansionistas. Prefieren la vía agresiva por el apoyo que siempre pueden encontrar en la comunidad-madre.

Se plantea que el proceso expansionista fue a lo largo de rutas fluviales y costeras. Existía otra opción, la colonización de tierras interiores. Pero esa colonización sólo la hicieron los grupos derrotados o desplazados por otros que ganaron el dominio de las costas y ríos en luchas armadas. Si querían continuar subsistiendo de los cultivos de railes complementados con proteína animal, para el caso de los grupos en tierras interiores, ya no podría obtenerse por la pesca sino por la caza, y eso habría significado un desmejoramiento en sus condiciones de vida.

En periodos pospleistocénicos, la cantidad de animales en regiones de selva tropical es más baja de lo que se cree. Además, éstos se desplazan de un lugar a otro o no se encuentran permanentemente en un lugar, como sí ocurre con la provisión de peces. Por eso, los grupos que hoy persisten con ese modo de vida en el interior del área amazónica, deben adoptar una estrategia de asentamientos móviles, con grupos aún más pequeños que los ribereños, generalmente no mayores de treinta personas. Este modo de vida rápidamente agota

los animales de caza a su alrededor y por eso se ven obligados a cambiar sus asentamientos con frecuencia.

Una segunda alternativa en zonas interfluviales fue adoptar otras estrategias económicas que les permitieran superar su dependencia de proteínas animales. Efectivamente esto ocurrió entre aquellos grupos que adoptaron el complejo maíz-fríjol, el primero rico en carbohidratos, y el segundo en proteína vegetal. Pero esta estrategia corresponde a grupos diferentes a los caribes.

Las investigaciones arqueológicas en Colombia ilustran estos acontecimientos. La vida sedentaria se desarrolló primero a lo largo de ríos y costas, al tiempo que había un vacío casi total de población en los valles interandinos. Sin embargo, con el incremento de la población, empezó una tendencia a poblar estos valles, asociada al complejo maíz-fríjol. Pero este sistema de cultivo implica una mayor inversión en horas de trabajo que el complejo raíces-peces.

Robert Carneiro (1961: 53) comparó la productividad de los cultivos de yuca entre los *kuikuro* del Amazonas, respecto a los cultivos de maíz entre los incas, en época precolombina. Demostró que la horticultura *kuikuro* es más productiva que la agricultura de maíz de los incas, tanto en términos de producción por área, como producción por horas-trabajo. La fuerte persistencia de algunos grupos indígenas a los cultivos de yuca y su negativa a adoptar el complejo maíz-fríjol no se debe a ignorancia sino a una evaluación de la mayor productividad de la yuca. Por eso, siempre que existiera una adecuada provisión de proteína animal, se prefirieron los cultivos de yuca respecto a los de maíz-fríjol.

Ante las presiones por continuar con un modo de vida que garantizara unas condiciones de alimentación y salud para todos, hubo dos caminos diferentes: uno, el que condujo a la agresividad, la confrontación y la guerra para poder mantener ese modo de vida. Este fue el camino seguido por quienes serían conocidos históricamente como los caribes. Otra alternativa fue adoptar otras estrategias económicas, basadas en los cultivos de maíz y fríjol en zonas interfluviales. Esta opción está asociada a los señoríos, cacicazgos y sociedades estatales incipientes, como los *chibchas*, *taironas*, y otros más.

La agresividad y el permanente estado de guerra caracterizaba a los caribes. Pero no se daba gratuitamente sino porque tenía el efecto de reducir la presión de la población sobre los recursos alimenticios, bien sea por una alta mortandad debido a los enfrentamientos, o porque el grupo victorioso se adueñaba del territorio de los derrotados. Asociados a la guerra, eran comunes las emboscadas, las incursiones-sorpresa, el rapto de mujeres y el canibalismo. Todos esos rasgos en conjunto servían para amenazar y atemorizar a sus enemigos.

Si bien el canibalismo y las guerras de emboscada son características de las sociedades tribales y no son exclusivas de los caribes, los españoles enfatizaron estos rasgos entre los últimos en parte porque los primeros informes que se conocieron sobre el canibalismo correspondían a esos grupos. Colón (1982: 13) menciona en su diario que en las Antillas encontró a indios heridos que narraban los ataques de que habían sido objeto por parte de indios provenientes de

otras islas que los atacaban constantemente. Luego se conocieron los informes de Miguel de Cuneo (1982: 34), un navegante italiano que estuvo con Colón en su segundo viaje. Según él, fueron atacados con flechas por los caribes. Así los describió:

Quando los caribes apresan a los indios, los comen como nosotros comeríamos un cabrito; dicen que la carne de los mozos es mucho mejor que la de las mujeres. Son muy golosos de carne humana y por comerla algunos salen de su país por seis, ocho, diez años sin repatriarse; y se quedan hasta agotar la población de la isla.

Luego se conocieron los informes de Pedro Mártir de Angelería. Más tarde, en 1526, Gonzalo Fernández de Oviedo describió a los caribes de las costas continentales de Suramérica, de nuevo horrorizado por su canibalismo. Sin embargo, el relato de Tomás de Ortiz fue el que más impactó a la corte española y condujo a la providencia real que permitía esclavizarlos. Ortiz, el primer obispo de Santa Marta, presentó un informe que se constituyó en la justificación para que los Caribes pudieran ser esclavizados por idólatras, antropófagos, sodomitas y por su comportamiento irracional. Herrera transcribió en 1601 el relato de Ortiz y de él tomamos esta descripción (citado por Guerra 1971: 53):

En relación con la gente de Tierra Firme que es Caribe: comen carne humana, son sodomitas más que cualquier otra raza y no tienen gobierno entre ellos; van desnudos y no tienen vergüenza; son como burros, estúpidos, brutos y sin entendimiento, y no se cuidan de matarse a sí mismos; no trabajan sino para su propio provecho; son de desconfiar; no saben lo que es un buen consejo, desagradecidos y siempre queriendo nuevas cosas; se jactan de emborracharse y tienen vinos hechos de diversas frutas, railes y granos. Se emborrachan con humos y ciertas yerbas que los alejan de sus sentidos. Son bestiales en sus vicios. Los jóvenes no muestran hacia los mayores, o los niños a sus padres ninguna obediencia o cortesía. No están capacitados para ser educados o castigados. Son traidores, crueles y vengativos, muy enemigos de la religión, y nunca perdonan. Son perezosos, ladrones, mentirosos, de juicio bajo y vil; no guardan fe u orden; los esposos no son fieles a sus esposas ni las esposas a los esposos. Son hechiceros, adivinos y necrománticos. Son cobardes como liebres, sucios marranos, comen piojos, arañas y hormigas crudas dondequiera que las encuentran. No tienen la hechura o habilidades del hombre, y cuando olvidan las cosas pertenecientes a nuestra Fe, que han estado aprendiendo, dicen que eso son cosas de Castilla y que no quieren cambiar sus costumbres o dioses. No tiene barbas y se arrancan cualquier pelo que les crezca. Cuando se enferman no tienen piedad, y aun si son vecinos o parientes, lo abandonan a la hora de la muerte, o lo llevan a las colinas a que muera, con sólo algo de pan o agua. A medida que crecen se hacen peores; hasta la edad de diez o doce años parecen adquirir algunas maneras y virtud, pero de ahí en adelante se vuelven como animales. Para finalizar, él dice —se refiere a Ortiz— que Dios nunca hizo una gente más inclinada a los vicios y bestialidades sin alguna muestra hacia la bondad o el gobierno, y que podría esperarse de ellos, hombres con impulsos y maneras

tan diabólicos; y que él ha tratado con ellos y los conoce por su propia experiencia.

La providencia que permitía esclavizar a los caribes originó uno de los mayores enredos para la arqueología y la etnología. A partir de entonces se llamó caribe a todo grupo que opusiera resistencia feroz a ser sometido por los españoles, acompañado de la antropofagia, los ataques sorpresa y las flechas envenenadas. Esto favoreció los intereses de los conquistadores, por lo que siempre queda la duda sobre la veracidad de estas descripciones o si hubo exageraciones. También la pregunta es si bajo el mismo término se incluyeron grupos o étnias, con lenguas y tradiciones culturales diferentes.

Las investigaciones arqueológicas realizadas en el Magdalena Medio por Carlos Castaño y Carmen Lucía Dávila (1984: 101-102) establecieron que el valle del Magdalena fue parcialmente ocupado por migrantes caribes. Se quejan porque su historia cultural se dificulta por sus pautas invasionistas, ya que incluían el rapto de mujeres y consiguiente cruce con los pueblos vencidos. Eso condujo además a que su lengua se mezclara con la de los vencidos y desapareciera.

Aunque hay numerosas descripciones sobre los caribes conocidos históricamente, a nivel arqueológico sólo se han podido identificar con los pueblos de las urnas funerarias. Paul Rivet (1943) relacionó a los caribes con la práctica de las ligaduras y observó que esta deformación se encontraba típicamente en las figuras representadas en las urnas funerarias. Los esposos Reichel Dolmatoff observaron que hacia el final del primer milenio d. C. ocurrió un cambio en las prácticas funerarias, en lo que hoy es territorio colombiano: aparecen las urnas funerarias. Algunas de ellas representan claramente a guerreros con escudos y cascos. En el Magdalena medio las urnas tienen tapas, a veces con figuras de guerreros sentados en banquitos.

Para Lathrap (1970: 170) el estilo decorativo de las urnas funerarias de las tierras bajas de Colombia muestra las principales características de la tradición cerámica que él asocia con los Caribes. Para Castaño y Dávila (1984: 103), hay claras evidencias de la presencia caribe en el Magdalena medio:

La más clara manifestación arqueológica es aquella que se extiende bajo un horizonte cerámico bien identificado a lo largo del valle del río; su característica primordial es la presencia de entierros en urnas con tapas y figuras antropomorfas y atributos cerámicos representando técnicas y diseños recurrentes que expresan su vinculación a una misma tradición alfarera.

Como conclusión, se puede afirmar que los caribes tuvieron un modo de subsistencia que estimuló un proceso migratorio y expansionista, con características altamente agresivas. Hay una disparidad entre la inmensa información que se tiene sobre los caribes históricos y la documentación arqueológica, aunque estudios como los de Castaño y Dávila proporcionan datos valiosos que permiten documentar a través de rasgos culturales —como la cerámica— esos movimientos expansionistas.

Bibliografía

- Carneiro, Robert. *Slash and burn agriculture among the Kuikuro and its implications for cultural development in the Amazon basin*. The evolution of horticultural systems in native South America. Editado por Johanes Wilbert, Caracas, 1961.
- Castaño, Carlos Y Dávila, Carmen Lucía *Investigación Arqueológica en el Magdalena Medio*. Finarco, Bogotá, 1984.
- Cólon, Cristóbal. *Cronistas de Indias. Antología*. El Áncora, Editores, Bogotá, 1982.
- Cuneo, Miguel de. *Cronistas de Indias. Antología*. El Áncora, Editores, Bogotá, 1982.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo. *Sumario de la Natural Historia de las Indias*. Fondo de Cultura Económica, México, 1979.
- Gross, Daniel. *Protein capture and development in the Amazon basin*. American Anthropologist Volumen 77, 1975.
- Guerra, Fransisco. *The Precolumbian Mind*. En Seminar Press, Londres, 1971.
- Harner, Michael. *Population pressure and the social evolution of agriculturalists*. Southwestern Journal of Anthropology, volumen 26 1970.
- Harris, David. *Agricultural systems and the origins of agriculture*. The Domestication of Plants and Animals, editado por Ucko y Dimbleby, Duckworth, Londres, 1969.
- Hernández, Ernesto. *Urabá Hervico*. Talleres Gráficos de Compás Ediciones, Medellín, 1978.
- Lathrap, Donald. *The Upper Amazon*. Thames and Hudson, Southampton, 1970.
- Reichel Dolmatoff, Gerardo y Alicia. *Las urnas funerarias del río Magdalena*. Revista del Instituto Etnológico Nacional, volumen I, Bogotá, 1943.
- Rivet, Paul. *La influencia karib en Colombia*. Revista del Instituto Etnológico Nacional, volumen I, Bogotá, 1943.
- Vayda, Andrew. *Expansion and warfare among swidden agriculturalists*. Reimpreso en Environment and Cultural Behavior. Editado por Andrew Vayda. The Natural History Press, New York, 1969.